

Retrato de una escuela rural femenina de la posguerra Portrait of a female rural school in postwar

Miriam Sonlleva Velasco



Escribo estas palabras sin dejar de mirar y admirar a las niñas retratadas en la fotografía. Muchos de estos rostros no se encuentran ya hoy entre nosotros, pero aún quedan vivas sus enseñanzas y su cariño. Que sirvan estas palabras como homenaje a todas aquellas mujeres de la posguerra que tanto nos han enseñado...

La imagen con historia que presentamos, muestra el retrato del aula femenina, del colegio de la localidad de Hontoria (Segovia), en plena posguerra española.

La escuela se encontraba durante estos años, ubicada en la plaza del pueblo. Era un edificio compuesto por dos plantas; la de arriba estaba formada por las viviendas de los maestros; y la de abajo se componía por dos aulas diferentes, una para niños y otra para niñas a las que se accedía por entradas distintas y no tenían conexión entre ellas.

En años de escasez, de miseria, de hambre y de enfermedades y con una población destruida por la guerra, la mayor preocupación de las familias más humildes era pensar en qué iban a poder dar al día siguiente de comer a sus hijos y luchar porque éstos no murieran. La inquietud por la escuela y la escolaridad de los niños era un mal menor, poseía importancia, sí, pero no más que la

propia supervivencia. De este escaso interés por el mundo educativo se sirvió el Estado para transformar la nueva sociedad nacida tras la guerra. Para ello depuró los puestos docentes e inculcó a sus maestros en las ideas del Régimen. Ellos serían los modelos para los niños de la “Nueva España”.

Con el principio de subsidiariedad del Régimen franquista en la educación y la exigua preocupación de la sociedad por la escuela, los centros escolares –y más concretamente los que se encontraban en núcleos rurales-, tenían unas pobres condiciones materiales y personales. El colegio carecía de aseos, de patio, de calefacción, de botiquín, de libros, de juegos...

La descripción de cada aula se reduce a escasas palabras: paredes en color blanco, suelo de cemento, pocas ventanas y una calefacción de leña que abastecía cada día un niño de la escuela diariamente. Era un habitáculo austero, compuesto por pupitres de madera en los que se sentaban dos niños, todos ellos orientados hacia la mesa del maestro y justo detrás de esta mesa, se encontraba un gran encerado. Lo que más se ha marcado en las mentes de los niños, es que al mirar el encerado también veían en el centro un gran crucifijo, a la derecha de éste la imagen de Francisco Franco y a la izquierda, la de la Virgen de la Purísima Concepción, a la que rezaban a diario.

A pesar de que los medios eran limitados, la población escolar era abundante. El colegio albergaba unos cuarenta escolares, tutelados por dos maestros, un hombre para los niños y una mujer para las niñas. Ambos docentes tenían una ardua labor porque sus aulas, unitarias, acogían a un importante volumen de alumnos con un amplio abanico de edades a los que había que enseñar sin disponer de apenas materiales.

A la edad de seis años las niñas ingresaban en el colegio. Era el primer momento que la familia establecía el contacto con la maestra y delegaba en ella los ocho años de educación que seguirían a sus hijas. En un aula femenina del colegio era ocupada diariamente por veinte o treinta niñas, dependiendo del curso académico en el que se encontraran y la maestra. En ella, las alumnas eran educadas en el correcto aprendizaje de la lectura, la escritura, las operaciones matemáticas básicas y en la dotación de una buena base de religiosidad y conocimientos de costura. A ella se sumaba un currículum oculto plagado de valores propiamente femeninos, entre los que primaban el respeto, la honorabilidad y el recatamiento, que poco a poco fueron convirtiéndose también en el imaginario femenino de la sociedad.

La escuela educaba durante estos años a las niñas, para cumplir el ideal femenino del Régimen: ser buenas madres y buenas esposas. La imagen de las veintiuna alumnas de la fotografía, nos da una panorámica de cómo fue la educación femenina de estos años. La vestimenta de cada alumna muestra el recatamiento y la femeneidad a la que fueron sometidas las niñas; así podemos verlo en el largo de sus faldas, en sus abrigos, abotonados hasta el cuello y en la escasa cantidad de piel que no cubren sus ropas. Los peinados, todos cortados a “media melena”, sin flequillos, dejan una cara despejada, angelical propia de una infancia “dulcificada”, por no citar los significados de su lenguaje corporal y gestual, que vemos representados a través de sus manos, siempre juntas y cruzadas, fiel reflejo del miedo a destacar, a no cumplir los cánones en los que la socie-

dad las educaba. También su rostro, con cierta sonrisa de autocomplacencia y de docilidad, nos da un reflejo de esos valores en los que fueron aleccionadas las niñas de la España franquista tras la Guerra Civil.

Otro de los puntos clave de la fotografía es la imagen de la maestra. Doña Pilar fue una mujer admirada por sus alumnas y muy querida y respetada por el resto de habitantes del pueblo. Sus raíces germinaban de una familia de clase media, que vivía en la ciudad de Segovia. Era una mujer soltera y el hecho de desempeñar un cargo público como maestra de escuela, la convirtió en uno de los personajes más destacados y considerados por la población con la que convivía desde su escuela. La maestra se convirtió en estos años en la representante de los valores femeninos imperantes y así podemos verlo en su imagen de la fotografía: vestimenta oscura y recatada, pelo corto, rasgos faciales inexpresivos, ausencia de maquillaje en su rostro, lenguaje corporal medido... hasta su nombre, Pilar, era modelador ya que entre los significados de la naturaleza del sustantivo se encuentra la emotividad, cordialidad y condescendencia.

La exquisita educación de Doña Pilar y sus formas femeninas la hicieron convertirse en un referente para el resto de mujeres del pueblo. Para las niñas, la maestra era algo más que un modelo; persona con la que compartían treinta y seis horas semanales, sembró en ellas la semilla de la alfabetización, el conocimiento de la cultura, las buenas formas de conducta de una señorita, la obediencia y el respeto. Pero lo que más recuerdan sus alumnas de ella, era lo que la gustaba rezar y lo bien que cosía... fueron muchos días los que pasaron junto a ella aprendiendo a realizar trabajos de costura haciendo ojales, bordados, crucetilla y punto segoviano; también recuerdan aquellas tardes de primavera, en las que la maestra las llevaba de paseo a los prados cercanos a la escuela, para recoger flores para la Virgen María y ponerlas junto a su imagen, la que tenían encima del encerado; o de aquellos diálogos y poesías que las enseñaba a recitar y que ellas aprendían con entusiasmo para después pronunciarlas en el sermón dominical.

Mientras las ausencias escolares de los niños, a partir de los diez años de edad, eran constantes, las de las niñas no solían ser habituales, salvo enfermedad o circunstancia precisa. La definición de esta diferencia de género, se puede explicar aludiendo al hecho de que las familias que habitaban núcleos rurales, necesitaban disponer de mano de obra barata para realizar las labores del campo y cuidar del ganado y los hijos varones de corta edad se convirtieron en estos años, en el remedio más codiciado. Las niñas no solían abandonar la escuela hasta la finalización de la Educación Primaria, porque la sociedad rural consideraba que sus capacidades (fuerza, valentía, corpulencia, resistencia...) no eran las mismas que las de los niños y su participación en las tareas de labranza era puntual. Esto no quiere decir que las niñas se dedicaran en exclusividad al estudio, después del colegio, colaboraban activamente con las familias realizando las tareas del hogar, ayudando al cuidado de familiares que estuvieran a cargo de sus padres, buscando agua y llenando los cántaros de hierro, que más tarde llevarían a casa, para que los familiares pudieran lavarse, recogiendo el ganado que pastaba en el campo durante el día...

A la edad de catorce años, las niñas recibían el certificado de escolaridad primaria y abandonaban sus años de escuela. Este era el segundo momento en el que la maestra se reunía con los padres, después de ocho años de ausencia en las relaciones entre familia y escuela. La maestra animaba al padre y la madre de la alumna, para que ésta continuara sus estudios en los institutos de enseñanza media de Segovia, pero pocas fueron las que prolongaron su formación. Las familias, con escasos recursos económicos y un bajo nivel educativo, no consideraban necesario dar estudios a sus hijos más allá de la escuela primaria y de hacerlo, eran los niños y no las niñas las que tenían este privilegio. Las instituciones educativas religiosas fueron el trampolín de acceso para muchos niños varones, de clases sociales humildes, a las Segundas Enseñanzas, pero no hubo ayudas para que las niñas continuaran en este nivel.

En estas condiciones, las alumnas abandonaban la escolaridad en plena adolescencia y las que mayor suerte poseían, recurrían tras ella, a cursos de formación doméstica especializados en cocina o costura y a las enseñanzas que las madres y el resto de mujeres del pueblo, les iban transmitiendo en cuanto a los aprendizajes del hogar y el cuidado de niños. El otro grupo de mujeres, las menos favorecidas, tuvieron un papel activo en la economía familiar sirviendo en las casas de familias adineradas segovianas, a las que resolvían sus necesidades domésticas y los cuidados filiales, con escasos jornales y poca valoración.

La búsqueda de la felicidad, entendida ésta en términos religiosos y estatales, como la formación de una familia y un hogar fue el camino que muchas de estas mujeres escogieron, con el fin de satisfacer el papel que la sociedad las había asignado como madres y esposas. Pero más allá de ese papel preasignado y de la exclusión académica, personal y social que sufrió la mujer en estos años, aquellas niñas inocentes de nuestra fotografía con historia, siempre recordarán la escuela del pueblo, su escuela...